

Fragmento sin título - 1858
inedita
81.9

¶ Durante mi permanencia en Nápoles traté á un caballero de raras circunstancias. Veíale todas las tardes paseándose á sus solas por la villa Reale, y más de una vez nos hallamos rostro á rostro, mano á mano en el promontorio de Pausilipo, en la tumba de Virgilio. La salud de los dos, la casualidad, y no sé qué similitud de genio, nos hizo allegarnos, hablarnos y labrar *conexiones*, si bien fugitivas, gratas para cada uno. El me servía como de intérprete en las ruinas. Mostróme el lugar donde se alzaba el laurel de Petrarca, sombreando el sepulcro del mantuano; llevóme por los escombros de las Quintas de Cicerón, Pompeyo y Lúculo, que debajo de retamas y gayombas entreparecen á los ojos del viajero; hizome ver los estanques de Polión, en donde este liberto arrojaba docenas de hombres vivos, en razón de dar blandura y sabrosidad á la carne de los peses. Asimismo en junta de él bogueé por el lago Averno y la laguna Stigia, siguiendo paso á paso la Eneida, buscando el árbol encantado, cuyos avisos había menester el hijo de Anquises para bajar á los Infiernos. En la gruta de la Sibila de Cumas nos sobrevino la más rara aventura: empero, no es del caso referirla, porque sólo quiero decir que en habiendo el comercio de la conversación alcanzado un grado de estrechez que se dice confianza, abrióme el pecho suyo para mostrarme las raíces de su melancolía.

Venvenuto Siniscalqui era su nombre; y por cierto que este Siniscalqui era extrañísima persona: afectos casi superiores á la especie humana, con los cuales ninguna correspondencia podía medirse; ansias, por lo tanto, de lo inacabado, y desengaños á cada paso de la vida: mucho amor, mucha felicidad, pues que era de tal condición que arrastraba consigo á quien con él simpatizaba; mas luego exigía caudales de ternura y una como bienaventuranza, más allá de lo que puede ofrecernos la mujer, por subido que sea su anhelo de agradarnos. Y en estos imposibles para

ella, harto conformes á las facultades suyas, él no quería ver sino tibi-
 ezas, cuando no doblez, apocamiento de alma, imperfección ó estrata-
 jemas de perfidia: el exceso de amor le hacía, pues, aborrecer; y quan-
 do hubo sumido en un mundo de miserias á más de una infelice, creíase él
 mismo de los hombres el más infortunado. Y lo era, en efecto, si al pa-
 so de sus ambiciones ninguna pudiera seguirle, mucho menos alcanzarle.
 De aquí nació su aislamiento y esa como tirria del trato de las gentes,
 común y natural en quien se da por víctima de desengaños, y tiene para sí
 que las de su corazón son voces sin respuesta en el de los demás. Este
 es el verdaderamente desgraciado, que piensa no haber para él felicidad
 posible: orgullo es de mucha marca; pero si va con la talla de sus afec-
 ciones, lejos de desfigurar al hombre, le concilian un sabor, si puede
 decirse, de divinidad ~~parafasia~~ perversa, que le vuelve superior á los go-
 ces del mundo: sus pretenciones se remontan á lo desconocido; su vehe-
 mencia halla apenas lecho en el corazón de la mujer: en forma de amor,
 adora; sin la estima, la endiosa; es delirio su deseo; y queriendo gozar
 á medida de su ahinco, halla el vacío.

Mucho de ésto había experimentado Siniscalqui; y admitiendo de
 su buena gracia que en el seno damos nido á una afección de mayores qui-
 lates que el amor, á ella se entregara con el alma: quiero decir que dio
 asenso malamente á eso que dicen amistad, ó le había siempre dado, por-
 que mientras las decepciones no le royeron el alma, fue siempre veraz é
 ingenuo; creyó no sólo en lo existente, mas antes en lo que no existía;
 tuvo en estima al hombre hasta cuando cayó en quien era: el crudo excep-
 tismo que hoy acarrea en su pecho, no nació con él; se lo labraron la
 malicia y ruindad de sus tan poco asemejables semejantes.

Tuvo un amigo Siniscalqui, en cuya junta pasara el verdor de
 los años y de las impresiones, tan en uno viviendo, que los dos pensaban,
 sentían y querían lo mismo: el mio y tuyo, divisa de vulgares amigos, es-
 taba lejos de ellos: las ofensas eran comunes; cada cual iba adelante del

peligro del otro; y la vida esponer en la mutua defensa, lo más satisfactorio para sus nobles corazones. Jovanni de Montecúculo llamaba su amigo á Siniscalqui. "Y nada, me decia éste, omitió Montecúculi para afirmarme en el convencimiento de que la amistad era cosa verdadera, fácil y muy dulce entre los hombres. ¿Qué secretos había de haber entre ellos? No los había: en mil lances se ayudaron, mil aventuras corrieron, planes formaron muchos; y muy grato, y sincero, y necesario era el comercio de los dos Cástor y Pólux, que hubieran alternado la vida entre ellos, á fin de divinizar por iguales partes la inmortalidad. Muere el uno un dia, para que el otro viva; resucita éste, ése muere á su vez, hasta que el amigo vuelva á resucitar en el sepulcro. Símbolo de fraternidad, si posible á los humanos, harto para desear existencia perpetua, aún en el mundo mísero. Pero en ello creían Siniscalqui y Montecúculi, y nada hallaban que dificultase á la abnegación de Píladés y Orestes, á la ternura de Niso y Eurido, ni á la felicidad del viejo A .

¡Cómo no se simplificarán las desazones de la vida para quien puede descargar se de la mitad de ellas en los hombros del amigo; Contárselas, quejarse á él buscar remedio juntos, ha de ser ya mucho consuelo; y llorarlo y repararlo, ó compartir la alegría de los triunfos, verdadera felicidad. Los trabajos son menores, y los goces se redoblan entre dos amigos, porque dos almas juntas tienen más fuerza que oponer á los *embates* de la suerte, y ofrecen á sí mismos más regazo á la fortuna. Estamos siempre propendiendo á abrir el pecho á poner en luz lo de imaginación: la tendencia comunicativa no es tendencia solamente, es necesidad incontrastable: cuando podemos, pues, declarar los afectos, poner en claro las ideas, sin contrapeso de temores, ni amenaza de infidelidades, ni barrantos de tibieza en quien nos escucha, ya podemos vendernos por menos desgraciados ~~de~~ de lo que pretende la fortuna. ¿Ves la estrella de la tarde? Parece un diamante de mayores aguas enclavado en ese rojizo cielo. Sí; y la luna recién nacida, á media vara de él, tan claro, puro, é inocente el uno como el otro. Ellos también como que quieren alumbrar la esfera; pero

¿Cómo es infructuoso, porque el crepúsculo los vence. ¿Cómo acertar á
cercarse tanto? Y ese cercén de luna, con sus cuernecillos puntiagudos,
pareciendo como dos ojos al cenit, ¿no parecen punto y coma en el azul? Así
se vá hilando el pensamiento, si se tiene con quién comunicarlo. Anoche
vi ese cielo, esa luna, esa estrella. ~~ESPERO~~ Héspero se había puesto de-
bajo de una ~~LUNECILLA~~ lunecilla infantil, que no era sino un corte de uña,
brillando, eso sí, con todo su poder; y al mismo paso bajaban como resba-
lándose uno tras otro por el occidente, rosado todavía, aunque la noche ya
cubre la tierra. Y esto lo veía al través de unos sauces quietos, tristes,
mudos, á cuyos piés les contemplaba, y se me venía no sé qué compasión por
ellos, de verles así tan oscurecidos y callados. Y nadie oía ese como sus-
piro universal con que la noche se anuncia.